

to de Dios. Ha de preceder consideración y rumiación, calor de devoción con su riguroso examen, con otras muchas disposiciones. Y por cierto con justísima razón se nos piden tantas, pues el fin que pretendemos no es otro que unirnos á Dios y transformarnos espiritual y corporalmente en Él. Y por que concluyamos con esta razón, nótese lo que doctísima y piadosísimamente dice Cayetano sobre estas palabras de Cristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mi está y Yo estoy en él* (1). «No puede hacer provecho el manjar (dice él), ni seguirse la unión que se pretende, si no es perseverando el que comulga en Cristo y Cristo en él; porque, como dicen los médicos, dos cosas son necesarias para que el manjar aproveche al que lo come. La primera, que el manjar persevere en el estómago; porque si, en acabándole de comer, le volviereis á trocar, de poco ó nada os serviría haberle comido, y es señal que la virtud ó facultad retractoriz está dañada. La segunda, que el que come atienda al manjar y persevere en él por aplicación del calor natural; que, si éste falta, engendranse crudezas y opilaciones, como vemos en los muy estudiosos». Dice, pues, Cristo: para que mi carne, que es verdadero manjar, y mi sangre, que es verdadera bebida, sean de provecho á los que la reciben, conviene que lo retengan y que no lo truequen luego volviéndose á

(1) Cajetanus in Joannem, 6.

sus antiguos vicios y pecados. Mas ¡ay!, que apenas se han digerido los accidentes del pan y vino, cuando os volvéis muchos á vuestros menesteres. Dime, cristiano lector, ¿qué sentirías de un enfermo que, importándole la vida comer de un manjar, después de habersele guisado con mucha costa, en acabándole de comer metiese los dedos en la boca y le lanzase por vómito? Sin duda ninguna tendrías á este tal por un loco y furioso, pues con sus propias manos se quitaba la vida. Y ¿tú no sabes que, si no comes este pan sagrado, que morirás para siempre y que te va la vida eterna en comerle? Y ¿no sabes también que si acabando de comulgar vuelves á pecar mortalmente, que echas á Dios por vómito de tu alma y de tu cuerpo? Y esto, no comoquiera, sino con un tan grande dolor (si Dios fuera capaz de él), que ninguno mayor se puede imaginar. Lo cual se ve muy claro por este ejemplo. Cuando yo como perdiz, lo primero de la boca va al estómago, y de allí al hígado, adonde, digerida, recibe cierta forma de leche; de allí se reparte por todas las venas, y al fin se comunica por todos los miembros del cuerpo; de manera que parte de ella se hace ojos, parte lengua, parte corazón, parte manos. Pregunta yo ahora: si quisiese uno sacar de mi cuerpo esta perdiz, convertida ya en mis miembros, con un garfio de hierro, ¿qué dolor sería el mío al despedirse la parte que cupo al ojo del ojo; la parte que cupo á la lenga de la lengua; la par-

te que cupo al corazón del corazón, y la que á las manos de las manos? Ciertamente, no hay encajecimiento que baste para que esto se entienda. Pues, hermano mío, si el que recibe á Jesucristo no le convierte en sí porque es manjar vivo, de más poderosa vida que la nuestra, sino que Cristo le convierte en Sí y es manjar suyo, síguese que parte del que comulga se hace ojos de Cristo, parte manos, parte corazón, y al fin otro Cristo. Pues sepa el cristiano que el pecado mortal es garabato del Infierno, que, aunque por virtud del sacramento se haya convertido é incorporado en Cristo, si le da entrada en su alma, le sacará de poder de Cristo, no sin grandísimo dolor é injuria de Cristo. Es lo que dijo San Pablo (1): *¿Ignoráis, por ventura, que vuestros miembros lo son de Cristo? Absit.* «Pues ¿cómo lo que ha sido ojo de Dios, mano de Dios, pie de Dios y corazón de Dios, tengo yo de profanar haciendo que sea ojo del diablo, mano de Satanás, corazón de Judas y pie de Lucifer? Nunca Dios tal quiera». Pues perseverad en este manjar si queréis que os aproveche; retenedle como aquella ánima santa que decía: *téngole y no le soltaré*; y, teniéndole, aplicad el calor de la viva fe y de la perfecta caridad creyendo, amando y obrando, y seguirse há de aquí lo que

(1) An nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Tollens ergo membra Christi faciam membra meretricis?—I Corint., 6.

con tantas veras desea y pretende Cristo, que es juntarnos á Sí y hacernos una cosa consigo comunicándonos el tesoro de su divino espíritu y preciosa carne.

San Cipriano afirma que para reformatión de nuestros cuerpos nos dió Cristo su carne en el fin de su vida (1). «Como nosotros (dice él) fuésemos carne y sangre corrupta, y enferma la naturaleza del cuerpo y del ánima, no era posible ser reformados y vueltos á la semejanza de Dios, si á nuestra enfermedad tan antigua y envejecida no se le pusiera emplasto y medicamento conveniente, y, con la cura de enfermedad tan desesperada, los contrarios se le moviesen con sus contrarios, y los semejantes con sus semejantes.» Hasta aquí son palabras de San Cipriano, en las cuales claramente enseña que la reformatión de nuestra naturaleza, esto es, de nuestro cuerpo, no podía obrarse sino mediante la carne de Cristo ayuntada con la nuestra, de cuya compañía y mixtura quédase semejante á la de Dios. De manera que fué necesario este ayuntamiento corporal entre nosotros y Cristo para que la corrupta naturaleza de nuestros cuerpos fuese reformada. Por ventura (dice el mismo) ¿no se le aplica el emplasto á la llaga para que sane? Y, si no es conforme á ella, no causa salud. Pues así como sobre los miembros enfermos se asienta la medicina, convino que

(1) S. Ciprianus, in sermone Cœnæ.

Cristo se ayuntase á nuestro cuerpo para que le restituyese á su antigua inocencia, y, lo que más es, le reformase á la inmortalidad, y cuerpo y alma fuesen libres de la corrupción eterna.

San Cirilo dice (1): «No podía esta naturaleza corruptible de nuestro cuerpo ser de otra manera traída á la incorruptibilidad y á la vida, sino juntándosele un cuerpo de natural vida. ¿No me crees cuando te digo estas cosas? Cree, pues, á Cristo, cuyas palabras son éstas: *De verdad, de verdad os digo, que, si no comiéredes la carne del Hijo del hombre, y bebiéredes su sangre, no tendréis vida en vosotros*». Luego no basta que nos juntemos á Cristo por el espíritu; mas convino que su carne se juntase con la nuestra por comida, para que de esta manera fuésemos llevados á la vida eterna. El mismo Cirilo dice en otra parte: «No negamos la unión que sobrenaturalmente se obra entre nosotros y Cristo, mediante la fe recta y caridad sincera; pero varonil y fuertemente afirmamos no ser ésta sola la que granjeamos por virtud del sacramento que recibimos; y sentir otra cosa es sentir diferentemente de como sienten las divinas Escrituras, y muy lejos de toda verdad». En otro lugar dice: «Como el agua, que de su naturaleza es fría, sobreviniéndole el fuego, olvidada de su natural frialdad, no cabe en sí de calor, así nosotros, dado que por la naturaleza de la carne somos

(1) Cirilo Alexan. in Joan., c. 13.

mortales, participando de aquella vida que nos retira de nuestra natural flaqueza tornamos á vivir por su virtud propia de ella. Porque convino que no solamente el alma alcanzase la vida por comunicársele el Espíritu Santo, sino que también este cuerpo tosco y terreno fuese hecho inmortal, con el gusto de su metal y con el tacto y mantenimiento de ello. Pues como la carne del Salvador es carne, vivifica por razón del Verbo á quien está unida, el cual es vida por naturaleza; cuando la comemos, tenemos vida nosotros, porque estamos unidos con aquello que está hecho vida. De aquí es que, cuando Cristo resucitaba muertos y sanaba enfermos, no solamente usaba de palabras y mandaba como Dios, sino algunas veces aplicaba su carne como juntamente obradora, para mostrar con el hecho que también su carne, por ser suya y por estar ayuntada con Él, tenía virtud de dar vida». Esto, todo es de Cirilo. A lo cual se añada, que por haber Cristo puesto por blanco en todas sus obras manifestarnos y descubrirnos su amor, cuyo oficio es hacer unidad, y Él es tanto mejor y más excelente cuanto la unión que causa es más estrecha, siendo verdad que en nosotros hay carne y espíritu, y que con el espíritu nuestro ayunta Cristo el suyo por tantas maneras poniendo en él su semejanza, comunicándole su vigor y derramando por él su espíritu mismo, necesariamente hemos de confesar que no hay falta en su amor para con nosotros, ó que jun-

ta también su cuerpo con el nuestro cuanto, en la manera que hemos dicho, es posible ayuntarse. Pero no hay quien ponga falta en lo primero, ni duda en lo segundo.

A esto favorece mucho lo que dice San Pablo á los romanos (1): Así como en Adán murieron todos, así cobraron vida en Jesucristo. En Adán hubo daño de carne y de espíritu, hubo inspiración y soplo de la serpiente para el alma, y manjar corporal para el cuerpo; pues si la vida se contrapone á la muerte, y el remedio al daño y á la enfermedad, necesario es que Cristo, en ambas á dos cosas, produzca salud y vida: en el alma con su espíritu, y en el cuerpo ayuntándonos consigo. Aquella manzana pasada al estómago, así destempló el cuerpo, que luego se descubrieron en él mil malas cualidades, más ardientes que el fuego; esta santa carne, allegada debidamente á la nuestra por virtud de su gracia, produce en ella frescor y templanza. Aquel fruto vedado atosigó á nuestro cuerpo, con que viene á la muerte: esta carne comida así nos enriquece con su gracia, que descende su tesoro hasta nuestra carne, y la apura y da vida y resucita. *Un cuerpo somos en Cristo*, dice San Pablo escribiendo á los de Corinto, porque todos participamos de un pan y bebemos de un cáliz, esto es, de la carne de Cristo y de su sangre; todos somos miembros de

(1) Rom., 5.

su cuerpo, si perseveramos en santidad y limpieza». «Pues que así es necesariamente, dice San Juan Crisóstomo, habemos de predicar cuán admirables son estos misterios, y para qué se nos dieron, y qué fruto sacamos de ellos». Un cuerpo somos y miembros de su carne. Y porque la unión que Cristo pretende entre nosotros y Él, no sólo es espiritual y de voluntades, sino también real y verdadera, quiso darnos su cuerpo en manjar, para que real y verdaderamente nos transformásemos y convirtiésemos en Él, cuanto nos fuese posible, en la manera que al principio dijimos. Porque, como quisiese declararnos su amor por medio de su cuerpo, se mezcló con nosotros y se nos incorporó, para que de esta manera estuviésemos unidos y hechos una cosa con Él, como miembros con su cabeza, lo cual es propio de los que mucho se aman; y así Cristo, para obligarnos con mayor amor y mostrar más para con nosotros su buen deseo, no solamente se deja ver de los que mucho le aman, sino quiere ser también tocado de ellos y comido, y que con su carne se ingiera la de ellos, como diciéndoles: «Yo deseé y procuré ser vuestro hermano, y así por este fin me vestí como vosotros de carne y de sangre, y eso mismo con que me hice vuestro deudo y pariente, Yo ahora os lo doy y comunico».

Hasta aquí son palabras de Crisóstomo. Esta misma unión entre nosotros y Cristo prueban los antiguos Padres por el misterio del matri-

monio, que sin duda es *gran sacramento en Cristo y la Iglesia*, como lo celebra el Apóstol escribiendo á los de Éfeso (1), lo cual colige él de aquellas palabras del Génesis dichas por Adán á su mujer: *Éste es hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta se llamará varonil y fuerte, porque fué tomada y formada del varón: por esto dejará el hombre el padre y madre y allegarse há á su mujer, y serán dos en una carne*. Esta ilación no depende de la formación de Eva de la costilla de Adán, que de ésa no hace mención Cristo; sino del ayuntamiento de Adán con Eva; pues como, por este ayuntamiento matrimonial, los que eran dos diferentes no son ya dos, sino una carne, así, por comer real y verdaderamente el cuerpo de Cristo, somos hechos una cosa con Cristo y unidos á Él. Ayuda maravillosamente á esto lo que dice San Pablo (2): «Ninguno aborrece su carne, antes la calienta y abriga, como Cristo su Iglesia». Divino sentimiento por cierto. Ha probado el Apóstol que, por razón del matrimonio de que va tratando, somos una cosa con Cristo y miembros de su cuerpo; ahora, pues, si es verdad que lo somos, forzosamente nos ha de abrigar, alimentar y regalarnos como á miembros suyos amados y queridos. Y ¿con qué nos alimenta? Con su propia carne y sangre, para que más estrechamente seamos una cosa con

(1) Ephes., 5. Genesis, 3.

(2) Ephes., 5.

Él y participemos de su virtud. Bien dijo San Pablo que era este *Sacramento grande*, y con muchas ventajas mayor que el corporal matrimonio que le figuraba. Porque la limpieza con que éste se celebra es mayor, y la unión entre los contrayentes es más estrecha. En aquél se inficionan los cuerpos, y en éste se deifican las almas y santifican los cuerpos. En aquél, el contento es aguado, y el deleite muy breve y de bajos quilates. En éste, lo uno y lo otro es tan grande y de tal cualidad, que baña el cuerpo y el alma. Es tan noble y soberano, que es gloria; tan puro, que ni antes le precede ni después se le sigue, ni con él jamás se mezcla dolor. Confesemos al fin, con el Apóstol, que *todo lo que tiene Cristo y ganó Cristo es nuestro, y Cristo de Dios, y nosotros de Cristo*. Yo, por mí, confieso que en esta materia no sé más qué decir sino exclamar con el gran Padre Agustino: «¡Oh sacramento de piedad! ¡Oh señal de unidad! ¡Oh lazo de caridad! Quien quiera vivir, alégrese, crea é incorpórese, para que tenga vida».

